

Las desavenencias de un Gobierno y su partido

Mientras el orden institucional cruje, el liberalismo se dedica a la caza de votos.

Camilo Castellanos

Ningún otro presidente consiguió mayor apoyo electoral. Ningún otro tenía mejores condiciones para realizar su programa: opinión favorable, mayoría en ambas cámaras. Aún más: todo hacía presagiar que el suyo sería un gobierno reformista. Había triunfado bajo la divisa de "unidos para el cambio" y la ruidosa conmemoración del cincuentenario de la Revolución en Marcha estimulaban cualquier ímpetu renovador. ¿Se colocaría Barco a la altura de la encrucijada nacional, exigente de cambios profundos y a todos los niveles?

Hoy, ni el programa liberal se viene cumpliendo ni vastos sectores del liberalismo se identifican con la gestión de su gobierno- ni el gobierno parece capaz de disciplinar a su partido.

El volate de los gamonales

El esquema gobierno-oposición haría suponer la existencia de un partido de gobierno del cual la administración sería un instrumento. La administración, por su parte, se apoyaría solidariamente en su partido para hacer realidad -en leyes, y ejecutorias- la voluntad compartida.

Sin embargo, no se había aún secado la tinta de los primeros nombramientos, cuando el ministro

de Gobierno debió soportar la primera zambra. Los incitadores no eran los opositores reflexivos, sino los parlamentarios liberales. La razón: no se había consultado a los gamonales para escoger al gobernador de Boyacá.

Si los barones electorales presumían que Barco les debía la victoria, el presidente no se sentía obligado a pagarles cogobernando junto a ellos. Esto explica en parte las contradicciones de la actual administración. Ellas afloran cada vez que el reloj de la legislatura comienza a apurar y los oscuros señores de la política se convierten en factor decisivo para las iniciativas gubernamentales. Es la hora de los cobros: los congresistas se quejan de que el gobierno está lejos, de que los ministros no los atienden, de que los gerentes los dejan esperando en los teléfonos y en las antesalas. El gobierno debe, entonces, negociar la cabeza de sus ministros y la suerte de sus proyectos de ley.

Pero no es solo eso: el gobierno liberal no los consulta. Galanistas y samperistas discrepan del manejo monetarista de la economía. Muchos liberales discrepan de la política de paz y quisieran diálogo directo del presidente con los insurgentes.

De todo ello ha resultado que el gobierno de partido no tiene partido y las mayorías parlamentarias son tan útiles como los abrigos en Barranquilla.

Un prodigioso encogimiento

En ningún otro campo se aprecia mejor la impotencia liberal como en el de la reforma constitucional.

Los acuerdos para la reunificación liberal prometían la más ambiciosa de las reformas a la Carta. Ella replantearía la democracia en

nuestro país: democracia real, efectivos y amplios derechos y garantías individuales; democracia participativa, administración pública cercana a la comunidad, etc. etc.

Empero, los adversarios más enconados del afán reformista no provinieron del conservatismo. Fueron los expresidentes y las redacciones de prensa, los exministros y catedráticos liberales. El ataque no pretendía profundizar el reformismo sino recabar las virtudes gramaticales y hasta ideológicas de la constitución autoritaria de 1886.

Agréguesele que el jefe único del liberalismo y el gran conductor del conservatismo se vincularon en Santa Alianza para reeditar el Frente Nacional y cerrar el paso a todo lo que no fuera del gusto del partido conservador. Con esta entrega quedó aplazada la democratización prometida.

En algún momento el Presidente Barco fue comparado con Núñez, dadas las proporciones de su proyectada reforma. Por obra de la Santa Alianza y la impiedad del ponente, a fuerza de compromisos y transacciones, de retoques y motiladas, la más prolija y ambiciosa de las reformas quedó reducida a la malograda enmienda de 1979 (reorganización de la Justicia y del Congreso), más la modificación del Estado de Sitio y una que otra arandela sin mayor significación, que no son la democracia participativa ni la economía social prometidas por el liberalismo y su gobierno. Lastimosamente, Barco quedó reducido a la gris réplica de un Turbay.

Nadando de espaldas

Todo parece indicar que el liberalismo no está interesado en los



grandes problemas nacionales: ni la paz (se ausentó de la Comisión de Convivencia y la dejó expuesta al arbitrio de los consejeros presidenciales); ni la guerra sucia, (frente a la cual no se conocen iniciativas efectivas); ni los recursos naturales, (en lo que se ha dado sólo continuidad); ni la deuda externa (en la que el único objetivo es aparecer como el niño formal entre las naciones, así haya que destinarle el 50% de las divisas por exportaciones y la cuarta parte del presupuesto nacional).

Estas preocupaciones apenas si se mencionaron en la pasada convención de Cartagena, pero frente a ellas no hubo ni deliberación ni dictámen. Un sólo problema centraba la atención: la sucesión presidencial. Si Galán o Santofimio, si Durán Dussán o Samper.

En átomos volando

En los últimos años, el liberalismo se ha convertido en una federación de clientelas. Barones regionales definen el curso de este partido en el juego azaroso y sin principios de los agrupamientos y las componendas. Cada dirigente y su cliente-

la no tienen la capacidad de imponerse nacionalmente ni de sacar adelante la liberal bandera, como ocurrió en 1988 en la elección del alcalde de Bogotá.

De este cuadro resulta fortalecida la que tradicionalmente ha sido el ala inmovilista del liberalismo, reforzada ahora con la jefatura de Turbay y el retorno disciplinado de la facción galanista. Del talante de esta tendencia es expresión la ponencia de Durán Dussán en el trámite de la reforma constitucional. Dado que no caben las reformas económicas y sociales porque "nuestro sistema democrático es bueno a pesar de sus defectos", debe reajustarse solamente el aparato del Estado para hacerlo más eficaz. De este fortalecimiento resultará un liberalismo adverso a las reformas, defensor irrestricto del **statu quo** y condescendiente con la represión a nombre de las instituciones.

Hay intentos remozadores, es cierto. Podían citarse, a manera de ejemplos, los intentos de mantener la discusión doctrinaria en instancias como el Congreso Ideológico o la actividad permanente del Instituto de Estudios Liberales, o el es-

fuerzo por reencontrar al liberalismo con la dinámica social, creando formas estables de organización como las Comisiones Obreras Liberales; o la pretensión de ligarse a los diálogos regionales de paz en el Magdalena Medio, el Cauca y el Tolima. Sin embargo, son propósitos de facción -no empresas de partido- que no se sobreponen a la dinámica electoral predominante y, por ello, resultan incoherentes y carentes de perspectiva.

El estado del liberalismo es coloidal. Los coroneles tienen huestes y pueden torpedear desde una elección de designado (Samper, Santofimio, Guerra), hasta una reforma constitucional (el Contralor). Pero las huestes no son seguras. Es de esperar reagrupamientos al vaivén de los acuerdos entre los coroneles.

De la amplitud y cobertura de los bloques depende la suerte del liberalismo. Lo difícil es prever quién habrá de ceder el paso: todos tienen fuerzas similares y similares virtudes y defectos. Este será el espectáculo de los quince meses venideros.

Como el último de los Capetos, mientras el orden institucional cruje bajo sus pies, el liberalismo se dedica a la caza, a la caza de votos.

